

NOTAS Y DOCUMENTOS

<https://doi.org/10.29393/At412-65DDRA10065>

DISCURSO DEL DR. DARIO ENRIQUEZ EN NOMBRE DE LOS EX ALUMNOS DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

EL DESTINO nos depara, en esta suave tarde de estío, una misión muy honrosa, que preocupa nuestro ánimo y exalta nuestros sentimientos.

Traemos la palabra emocionada de todos los ex alumnos de esta Casa de Estudios. Repartidos de uno a otro confín de nuestra patria, los ex alumnos nos asociamos jubilosos a este solemne y trascendental acto en la historia de nuestra Universidad.

Hay en nuestros espíritus tanta emoción acumulada, tanta gratitud que pugna por salir de nuestros pechos, tanta admiración para la obra de los hombres que crearon esta Universidad, que se agolpan las palabras en nuestros labios y luchan entre sí para encontrar el sentimiento justo, la expresión acabada y el contenido emocional profundo que ellas deben revestir.

Es que los fundadores de esta Universidad fueron, por cierto, hombres de selección. Venciendo la natural inercia y el justificado temor, tuvieron la audacia consciente y reflexiva de elevar sus espíritus a una obra superior.

Sus nombres, todos ellos, vivirán por siempre en nuestros corazones y han de quedar grabados indelebles en las páginas de la historia de nuestra patria.

De entre ellos habría de elevarse desde los comienzos, con singular relieve, con perfiles de excepción, el hombre que todos conocimos en tanta intimidad para que seamos capaces de juzgar claramente y con sentido histórico la trascendental importancia de su vida y de su obra.

Había en don Enrique Molina Garmendia tanto encanto personal, tanta bondad y sencillez en el trato, tanta gentileza y señorío en la expresión, que uno instintivamente tendía a ver en él al amigo sincero, al maestro cariñoso y afable, más que al pensador profundo, al estudioso educador y al esclarecido filósofo que él era.

Sólo la lectura de sus obras habría de revelarnos después estas otras facetas de su rica personalidad. Es con admiración y orgullo que sigue llegando hasta nosotros la opinión de pensadores contemporáneos acerca de Enrique

Molina, el filósofo. Se le reconoce, sin duda, como el representante más destacado de la filosofía chilena. Como nos lo dicen los comentaristas de sus obras, lo esencial de la filosofía de Enrique Molina estaba constituido por la ontología, por la interpretación del ser y la actitud del hombre ante sí mismo. Pensaba, esencialmente, que "al hombre le corresponde la función espiritual, que es al mismo tiempo una dimensión propia, pues lo material lo encontramos todo hecho y en lo espiritual es que el hombre va desarrollándose a sí mismo y en ello está su mayor dignidad". Estimaba que los atributos esenciales al verdadero espíritu eran la libertad y el discernimiento de los valores.

Le conocimos, personalmente, al iniciar nuestros estudios secundarios. Era Rector del Liceo y Profesor de Historia. Estaba en la plenitud de su vida. Era un maestro tan humano y cariñoso con los estudiantes que atraía de inmediato el afecto de ellos. Admirábamos en él sus dotes sobresalientes de conductor espiritual, de líder de juventudes, de padre cariñoso para aquellos sus hijos del intelecto. Desde esos días, tan alejados en el tiempo pero cercanos a nuestro corazón, guardamos para él la admiración y el respeto que nos despiertan los hombres esclarecidos que iluminan el sendero de las juventudes ansiosas de saber.

Estas mismas cualidades pudimos apreciarlas en él a nuestro paso por las aulas universitarias. Nosotros veíamos en él al maestro por excelencia, elevado a la conducción de las tareas universitarias por la admiración de los hombres que reconocían en él no sólo el formador de juventudes sino el maestro a quien imitar, de quien aprender los secretos del arte que es la realización de la vida plena. Su labor constante por el desarrollo de los valores espirituales y culturales del hombre, particularmente del universitario, lo señalan como un hombre decisivo en los tiempos inciertos que nos toca vivir.

La Humanidad, nos lo dicen los pensadores, vive ahora una verdadera crisis cultural y necesita por lo tanto de hombres como Enrique Molina, que elevando su pensamiento más arriba del diario menester, vislumbren y atisben el porvenir con fe y espíritu de visionarios. La Humanidad está sedienta de estos hombres superiores que guíen sus pasos en el mar agitado de las ideas con la serenidad de elegidos y la firmeza de los grandes pensadores.

Estos tiempos históricos, lo dice Toynbee, son ciertamente tiempos revueltos; vivimos realmente un cambio evidente en los valores humanos y mientras el mundo se hace cada vez más pequeño, y los hombres y los pueblos han de convivir forzosamente de una manera más estrecha, se crean con ello interminables y sucesivos conflictos e inseguridades. Para otros, en fin, se trata que nuestra cultura va desapareciendo sin todavía alcanzar el nuevo orden que le ha de seguir. Así, estaríamos hoy viviendo una época de transición, de cambios que se avecinan pero que aún no llegan, de un mundo nuevo que podemos soñar pero que no palpamos, de un nuevo orden que escapa aun a nuestro conocimiento.

En esta lucha por una vida mejor, por una perfección que aun siendo inalcanzable, al decir de Unamuno, es el reto que enfrenta el hombre de hoy, necesitamos pues hombres superiores, hombres de selección como Enrique Molina, que sean nuestro faro luminoso que nos abra el camino de la verdad.

Hay en su vida y en su obra toda la grandeza espiritual de esos hombres superiores, y es nuestro deber transmitir a las nuevas generaciones los preciados frutos de su rica enseñanza, reafirmando así una vez más nuestra sincera convicción en el perfeccionamiento espiritual del hombre.

Hoy, que nuestra Universidad afronta con decidido ánimo y con esclarecido afán una reestructuración docente que persigue mayores valores culturales y espirituales para nuestros estudiantes, pongamos nuestra fe en la convicción que animó a los fundadores de esta Universidad y que tan bien supo interpretar Enrique Molina: por el desarrollo libre del espíritu. El lema de nuestra Universidad cobra hoy más valor que en ninguna otra época.

El avance portentoso de la técnica plantea al hombre de hoy un dilema profundo, su verdadera situación en el mundo. Al irse adaptando él a este naciente mundo técnico contemporáneo de la automatización y de las máquinas computadoras, "¿tendrá el hombre que convertirse también en un ser tecnificado, en un mecanismo de rendimiento, o podrá existir, bajo las nuevas condiciones de la técnica, como un hombre íntegro y completo?

Creemos que es tarea primordial de la Universidad el evitar la primera y luchar decididamente por la segunda alternativa.

Enrique Molina luchó toda su vida con fe de apóstol en defensa de los grandes valores espirituales y culturales del hombre.

Los ex alumnos de esta Universidad, agrupados en diferentes Centros a lo largo de nuestro país, veneramos su memoria y guardamos para él y esta Casa de Estudios una gratitud que trasciende nuestras particulares personas. Hemos formado en cada comunidad un Centro, que al agrupar a los ex alumnos y amigos de esta Universidad, propicia divulgar en ella los altos ideales que animaron a los fundadores y que en forma tan superior supo interpretar don Enrique Molina y más tarde sus dignos sucesores. Así, aunque en mínima cuantía, pretendemos manifestar nuestra gratitud a nuestra Alma Mater; ella nos dio las herramientas para la vida en sociedad y a ella volvemos con el fiel hijo al regazo de su madre.

¡Quiera el destino que sepamos difundir con autenticidad los altos valores espirituales y las enseñanzas que aquí recibimos! Honraremos así la memoria venerada de los hombres que fundaron esta Universidad.

He dicho.